

La bella indiferente

■ Pablo Acosta Reyes * / pescritor@hotmail.com

Cuca Navarro no se sintió bien del todo, pero ese día debían regresar a Bramonte,

las vacaciones habían llegado a su fin y no podía enfermar ahora, cuando estaba por terminar el paseo, todo salió tan bien, ¡todo!, mucho mejor de lo pensado, esas vacaciones fueron lo que se llama vacaciones: mar, pescado, ron, vagancia, ¡y la compra del televisor!, al fin era suyo el aparato a color con la pantalla bien grande donde poder ver la imagen de lejos, *ULTRASLIM FIT-TV 44"* decía en la caja de cartón, y no resultó tan caro como dijo la comadre Severina, ¡qué caramba!, en la vida hay que darse un gusto de vez en vez y ese era el de ella, tres años trabajando para costear lo del televisor y el viaje a Puerto Cunedo junto con la Miki y el Yéison, y ahí estaban, ¡qué más!, ellos la acompañaban por interés, sí, podía ser cierto, pero era distinto viajar en automóvil a viajar en bus, una sale a la hora que quiere, a donde quiere, ¡mejor dicho es otra cosa!, por eso le prestó la plata al Yéison para que lo arreglara y lo dejara como nuevo, no era que el muchacho fuera una ejemplo de mostrar, ¡eso sí no!, pero ahí

estaba con la Miki y el carro, ese carrito era otro miembro de la familia, ¡para qué decir que no si sí!, funcionó como un relojito durante el trayecto de Bramonte a Puerto Cunedo y eso que fueron trescientos ochenta y pico kilómetros, el Yéison los midió, además todo el tiempo montando ahí en la playa, para arriba y para abajo, su yerno sí sabía de mecánica, sí señor, diez años en la mecánica eran: ¡diez años en la mecánica!, por eso le dijo a la Miki que lo llevara a vivir a casa, la gente podría murmurar cuanto le viniera en gana, pero tendría al hombre cerca y poco a poco irían cuajando las cosas, la Miki ya andaba en los veintinueve y el palo no estaba para cucharas, entonces propició el asunto y el diablo hizo el resto, ya llevaban más de cinco meses de una bebita, ¡eso del amor a primera vista eran patrañas!, el candidato aparece cuando debe aparecer, ni antes ni después, ¡oiga!, ¡y si a ella se le apareciera un ángel moreno y le hiciera cosquillas con su plumón?, los veía volar semidesnudos por la playa y le parecían tan provocativos, ¡chito!, ¿en qué estaba pensando?, ¡los calores del climaterio habían pasado ya!, Cuca intentó incorporarse, pero no pudo, una pesadez de piedra le impedía doblar las piernas y los brazos, le parecía soportar en el pecho un peso que no la

dejaba incorporar el torso, alzarse mejor dicho, tampoco pudo restregarse los ojos con las manos a ver si estaba dormida, ¡nada!, trató de alcanzar el reloj de pulso en la mesita de noche y no logró alargar el brazo, ¡caramba!, era hora de comenzar a preparar la maleta, tenían el viaje por delante y debía levantarse, ¡a ver!, no, ahora sí era cierto que no podía, la habitación se inclinaba hacia delante, a los lados, atrás, de pronto caía de nuevo adelante, ¡uf!, ¿qué pasaba?, sólo recordaba la pesadilla: las hojas de la ventana abriéndose violentamente al impulso de un viento huracanado que le arrancaba la sábana y la dejaba desnuda para luego aventarla con todo y catre a las olas de la mar y llevarla a navegar con los tiburones y los pulpos por entre una maraña de algas que la sujetaban al camastro y le impedían moverse adonde ella quisiera, de pronto un silencio desconocido se apoderó del espacio y le impidió gritar llamando a la Miki, la luz intensa de la playa se fue opacando y terminó en una penumbra cenizosa que no la dejaba distinguir los objetos más cercanos, la caja del televisor, ¿dónde había ido?, se sentía muy sola, abandonada, el mundo era blanco, pero no tan blanco como la leche, más bien blanquecino, un reflejo amortiguado era todo cuanto percibía, no podía abrir

* Escritor colombiano, ha publicado ensayos escritos jurídicos y libros de cuento. Finalista del concurso Novena Convocatoria de Libros de Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín.

los ojos ni la boca, ¿sería eso la muerte?, escuchó entrar a alguien en la habitación y quiso enderezarse, pero no pudo, ya empezaba a preocuparse, no debía ser así, quiso hablar, ¡tampoco!, no le salían sonidos de la garganta, trató de soltar una palabrota y ni siquiera sonó el carajo tan necesario en situaciones como esa, ¡cero!, parecía una momia, la Miki se entretuvo husmeando por el cuarto y de pronto se atrevió a llamar a su mamá en un susurro que a Cuca le pareció un grito: mamita, ¿está despierta?, esperó un segundo y dijo un poco más bajo, no, no oye, está dormida, a ver si espabila los ojitos al apartar la sábana de la cara, no señora, está profunda, ¡qué raro!, mami siempre se levanta temprano y más cuando vamos de viaje, bueno, la dejaré dormir otro poquito y entretanto sacaré al Yéison de la cama, ese es al revés: ¡más perezoso!, ahora vendré mamita, concluyó y salió, Cuca hizo esfuerzos por detenerla y decirle que algo andaba mal, ¡pero si no pudo mover un párpado menos podría pronunciar un sonido!, estaba muerta, ¡muerta viva!, ¿cómo sería eso?, y ahora, ¿quién pagaría las cuentas?, ¡pues ella claro que sí!, pero, ¿quién sacaría la plata?, una cosa era que la Miki dispusiera de sumas pequeñas y otra que manejara el billete completo, ¡mucho menos el Yéison!, nunca le permitiría entrometerse en cosas de su plata de ella, el muchacho era muy entrador y por eso mismo no debía darle confianza, ¡ni más faltaba!, ¿qué haría entonces?, ¡sobreponerse a la moridera!, de seguro era pasajera, algo malo en la dieta, ¿qué comieron por la noche?, casi nada, a ver: arroz con patacones y sardinas fritas, estaban frescas, agua de coco, la Miki comió y bebió de todo, ¡y mírela lo bien que

estaba!, y el Yéison, ¡ese no come sino traga!, también debía estar bien porque si no hubiera venido la Miki a quejarse, ¿qué había pasado Dios mío?, no podía ser cierto, a ver, ¡upa Cuca!, negativo, no me puedo mover, soy un vegetal, ¿sería el *barillo* que me dieron donde compré el televisor?, lo había probado en otra ocasión y no pasó nada, ¡eso no era!, de pronto escuchó a la Miki que regresaba cantando un aire caribeño de moda, ¡ay *hombel*!, ahora la criatura se nos volvió costeña con el sorbo de agua salada que tragó en el revolcón de la ola, ¡novelera!, bueno mamita, ya es hora, el camino es largo mamita, ¿qué le pasa?, mire que ya es tarde y nos espera un viaje complicado, la Miki zarandeó a Cuca por el hombro, ¡mamita despierte!, en seguida salió corriendo de la habitación, gritaba desahogada: ¡Yéison, se murió mi mamá!, Cuca oyó los gritos de la Miki que se alejaban de la puerta y bajaban por la escalera y se metían en el cuartito de la parte baja donde se quedaba la pareja, ¡qué alivio!, en seguida vendría el Yéison y algo haría, a la tonta de la Miki no se le ocurría nada como no fuera alborotar, desde chiquita fue así: mucho ruido y poco resultado, ¡a Dios gracias ahí venían!, los oía subir alegando, el que más hablaba era él con su vozarrón de matón de barrio, ¡qué va' ser!, ¡su mamá lo que tiene's vida y nos enterrará' todos!, a lo mejor está enguayabada, yo sé que's *copisolar*, ¿sí o no?, a ver doña Cuca, ¡llegó la hora!, ¡miren a éste infeliz hablando de la suegra en esa forma!, todo porque la Miki le contó que me tomé un trago en el cuarto cuando supe que mi marido había hipotecado la casa antes de morir y estaba por perderla, ¡lengua larga!, la voz del Yéison volvió a disturbarla: ¡doña

Cuca, levántese!, a ver doña Cuca, cójase de mi hombro, a la una, a las dos, ¡ups!, no se deja, está desgonzada, sería más fácil alzar un borracho, ¿sí o no?, vea Miki, acostémosla otra vez, muestre a ver el pulso: ¡no tiene pulso!, el corazón, póngale la oreja en el pecho Miki, ¿qué oye?, ¿nada?, la señora Cuca está muerta, ¿sí o no?, la protesta de la Miki alborotó el aire del cuarto: ¡mamita no se muera!, ¿cómo nos hace eso?, muestre la carita, ¡ay mamita no se muera!, Cuca tenía el gesto absorto de una bella indiferente: el pelo abombado y el flequillo a mitad de la frente le daban cierto aire de indolencia, en eso cundió un silencio de interrogantes hasta que el Yéison se sentó a los pies del catre y ordenó a la Miki tomar de nuevo el pulso a su mamá, vuelva a ponerle la oreja en el corazón, no puede ser que haya muerto, anoche estaba *guapachosa* con el *barillazo* que se mandó, ¿sí o no?, ¡éste hijo de...!, alcanzó a pensar Cuca en su impotencia, la Miki cumplió la orden de su marido, pero nada, ni pulso ni corazón, ¡es que los dos son la misma cosa Yei!, el pulso es el corazón en la muñeca, ¿cómo quieres que tenga uno si no tiene el otro!, el Yéison se contrarió, no hable pendejadas Miki, no es el momento, pensemos en serio qué haremos, ¿sí o no?, la otra reviró en seguida, ¡pues llamar un médico!, aquí en la pensión deben conocer uno, aunque sea llamemos un brujo de los que hacen hechizos a los turistas, ahí sí el Yéison se apoderó de la situación: ¡no señora!, ni el médico ni el brujo podrían revivirla, pero no rebajarían la cuenta, ¿sí o no?, ¡nada de médicos ni brujos!, ¿quién los pagaría?, por poco Cuca no se revolvió en el catre: ¡lo mezquino el Yéison!, ponerse a regatear en un momento de estos, ¡es

el colmo de mi yerno!, un médico es lo que necesito, ¡y de urgencia!, no puedo estar muerta porque pienso y si uno piensa es porque existe, ¿a cuenta de qué viene el Yéison a decir que estoy muerta?, ¡estoy más viva que nunca!, ¿pero cómo demostrarlo si no puedo hablar?, entonces hizo un esfuerzo sobrehumano por sobreponerse al vahído y dejó escapar una ventosidad ruidosa que puso al Yéison en pie de un salto, ¡virgen santísima!, ¡mejor me largo de aquí!, arreó el hombre e intentó salir del cuarto, la Miki se llevó una mano a la nariz y prorrumpió en sollozos, mientras repetía entre pujos: ¡mamita, mamita!, pero atajó con la otra mano a su marido y se le encaró, ¡no se vaya cobarde!, ¡lo que es a mí no me deja sola en esta vaina!, Cuca la respaldó, ¡mira que es tramoyista el desgraciado!, vaya y venga que no sienta nada por la suegra, ¿pero tratar de abandonar a la propia mujer embarazada?, claro que también veo que la Miki lo que está es asustada, no siente tristeza por mi muerte, en ese mismo instante la Miki opinaba con frialdad, llamemos la policía, es gratis y sabrán que hacer, pero el Yéison reviró impaciente, ¡menos!, ahí sí se nos complicaría más la vida, mínimo la llevarían a medicina legal, ¿sí o no?, vendría l'averiguación y todo lo demás, ¿cuándo acabaríamos?, eso por una parte, por la otra cuánto costaría la vaina: la pensión, los tres golpes diarios sin hacer nada, yo tengo que abrir el taller el lunes y usted tiene que ir a trabajar, si no se presenta la botarán, ¡y con lo fácil que es encontrar ocupación!, ¿sí o no?, la otra continuó imparable, bueno, ¿entonces qué haremos?, porque a todo dices que no, ahí aprovechó el Yéison para decidir a su favor, la llevaremos a Bramonte y diremos

que se murió por el camino, una vez en casa será distinto, el señor Peñita de la escribanía nos ayudará, la señora Severina es muy colaboradora, allá será diferente, ¿sí o no?, la Miki se defendió, sacarla de aquí no será fácil, la dueña de la pensión se dará cuenta de que mamá está muerta, ¡con lo metida que es!, en esas el Yéison ya tenía ganada la partida: ¡venderé el televisor y me quedaré con la caja!, ahí llevaremos a doña Cuca, ¿sí o no?, anda y vistela, mientras tanto llamaré al *man* del kiosco, él me lo comprará, antes ayúdame a bajarlo a nuestro cuarto, de la garganta silenciosa de Cuca casi sale una imprecación de las gruesas: ¡huy!, ¡vender mi televisor sin haberlo estrenado!, esa sí no se la perdonaré, pero la Miki no hará caso, no permitirá que le falten el respeto a su madre muerta, ¡qué digo!, ¡viva!, pero muerta de la furia y de las ganas de venganza, ¡so degenerado!, para sorpresa de Cuca, la Miki estuvo de acuerdo con el Yéison, mientras escucaba la maleta lo dijo con voz clara: ¡véndela!, ¿para qué un aparato tan grande?, en cambio recuperarían la plata, y añadió entusiasmada: ¡ay *hombre* aquí está el billete de pagar el hotel!, lo llevaba en la taleguita cosida a la falda, le pondré este mismo vestido, es el que ella se hubiera puesto de haber tenido fuerzas, ¡ay mamita no se muera!, ¡no se me muera mamita!, Cuca no salía de su asombro, ¡era inaudito lo que escuchaban sus oídos!, su hija, la niña que había parido con cesárea, es decir, no parido sino tenido, porque la Miki no salió por su cuenta sino a punta de cuchillo, pero bueno, esa niña por quien había trabajado toda la vida y por quien tuvo que soportar al Yéison, ¡con todas las vulgaridades que les oía hacer por la noche en el cuar-

to de ellos!, esa niña le pagaba con la moneda que menos merece una madre: ¡el cobre de la ingratitud!, al momento regresó el Yéison con la caja del televisor, aquí viajará doña Cuca, aguanta un peso de cincuenta kilos, la subiremos a la parrilla del carro y amarraremos la caja con una sogá, ¡irá cómoda mi suegrita!, ¿sí o no?, casi dos horas más tarde y luego de un bamboleo insoportable Cuca creyó desplazarse por la carretera, viajaba expuesta a los rayos del sol y sudaba copiosamente, aunque de pronto sintió que viraban y se detenían, de seguro bajo un árbol porque el clima mejoró bastante, al momento reconoció la voz de la Miki desde anoche no echo nada al estómago, ¡desde anoche!, no comiences a molestar Yei, tómate un refresco y déjame desayunar en paz, recuerda que de ahora en adelante soy yo quien paga y quien decide, en esas el otro murmuró algo que Cuca no entendió, las voces fueron atenuándose y desaparecieron, bueno, la ingrata como que había tomado las riendas, ¡quién lo hubiera pensado!, ¡ya vería la condenada lo que pasaría al recobrar su madre la salud!, a Cuca se le hacía agua la boca de pensar en la miel de la venganza, cuando le pareció que cortaban la cuerda por fuera de su celda de cartón y cedía la presión de la ligadura contra las paredes de la caja, una voz gangosa gritó que se apuraran y arrojaran el bulto por la ladera, en seguida sintió como si volara por el aire y fuera a parar en unas manos o en algo por el estilo, de todas maneras muy pronto se deslizaba a gran velocidad por una pendiente y aterrizaba sobre algo mullido, su cabeza explotó y se le derramó el cerebro en un charco negro que opacó el fulgor blanquecino de los primeros síntomas de la

enfermedad, un manchón azabache terminó por envolverlo todo y el silencio desconocido del comienzo quedó en un silbido estridente que terminó con la escasa conciencia del mundo que Cuca pudiera guardar, mientras allá en el restaurante la Miki pedía caldo de papas con costilla de res, tamal de arroz, huevos batidos con tomate y cebolla, arepas y chocolate con queso y pan, en cambio el Yéison se limitó a una avena helada, si acaso pellizcaría un pedazo de arepa, los rones de la noche anterior le habían revuelto el estómago y tenía turulata la cabeza con tantas cosas en qué pensar, le daba temor de que doña Cuca s'entiesara, porque ya tiesa, ¿cómo la meterían al carro cuando fueran llegando a casa?, ¡ay yo no sé!, exclamó la otra, por eso te dije que era mejor llamar a un médico, ahí el reclamo no se hizo esperar: ¡usted estudió enfermería Miki!, ¿sí o no?, no me diga que no l'enseñaron en la escuela cuánto gasta un muerto en entiesarse, ¡mira Yei, no me jurungues más!, ¡qué voy a saber de eso en este momento!, rezongó ella antes de atacar el caldo, al ratico el Yéison se levantó a orinar y buscó a través de la ventana la silueta del carro aparcado a la sombra de un mango coposo, ¿qué se hizo la caja del televisor?, medio cerró los ojos y apretó los párpados, para ver mejor, pero tampoco la vio, ¡doña Cuca!, el hombre salió corriendo seguido por los alaridos de la Miki pisándole los talones, ¡cómo así!, ¿dónde está mi mamá?, ¡cállate Miki, no nombres a doña Cuca que ahí vienen los meseros!, la otra volvió a lloriquear: ¿dónde está mi mamita?, ¡cállate que se t'entiende todo!, encarició el hombre, hasta que un poco más tarde, carretera arriba y lejos de los policías que llegaron a ver lo qué

pasaba, contemporizó con su mujer: ¿qué quería que hiciera Miki?, ¿no entiende que no podíamos hablar de doña Cuca ni del televisor tampoco?, ¡qué tal si hubiera aparecido la caja!, ¿sí o no?, pero la Miki no convenía con el asunto, ¡cómo dejar a mamá solita entre los ladrones!, ¡Dios mío!, ¿qué hacer?, el Yéison machacó: lo mejor será llegar a casa y buscar consejo, por el camino iremos pensando en lo que haremos, no podemos quedarnos a buscar un cadáver que no denunciemos ni un televisor que le vendimos al *man* del kiosco, ¿sí o no?, ¡pero es mi mamá, busquémosla!, tuvieron que dejarla en algún lado, ¡cualesquiera se asusta con un cadáver!, el Yéison se revolvió inquieto frente al volante, él sabía que era su suegra, bastante le jorobó la vida para no saberlo, la Miki debía entender por lo menos que doña Cuca estaba muerta, ¿qué quieres que haga?, ¡mala suerte que se la robaran!, pero no tengo la culpa, ¿sí o no?, la cosa siguió más o menos así hasta llegar a Bramonte, claro, al día siguiente la comadre Severina se extrañó mucho ante la decisión de Cuca, nada le había dicho acerca de quedarse a vivir en la costa, al contrario, le había prometido regresar con un televisor gigante donde ver las telenovelas y esas funciones de ahora que llaman *realitys*, entonces le aclararon que Cuca tomó la resolución en el último momento y la señora Severina olvidó luego el asunto, cada quien vive su vida y le importa un comino lo demás, todo eso sucedió recién llegado el matrimonio del paseo por la costa, pero después de parir la Miki le contaron que Cuca se casó con un gringo y se fue a vivir en los *yunaites*.

El rumor de la corriente y el trino de los pájaros le confirmaron a Cuca

que la vida era lo más maravilloso de cuanto pudiera existir en el universo, descansaba recostada en un almohadón asomado a la pequeña terraza sombreada por una enredadera de trinitaria, un pantaloncito de caqui le bailaba alrededor de las nalgas chupadas y una camiseta de algodón daba vueltas al torso enjuto, los cartílagos de las orejas dejaban colgar dos aros de carey y unas abarcas de pespunte daban noticia de su buena recuperación, en lugar del corte de pelo abombado alrededor del flequillo con que llegó de vacaciones a la playa mostraba un nuevo *look* recogido en forma de cola de caballo empinada que le alargaba el rostro, completaban el curioso atuendo unas gafas ahumadas que cabalgaban sobre la nariz arriscada y la protegían de la reverberación solar de las cuatro de la tarde, allí, reclinada en su trono rústico, entretenía las horas viendo pasar las aguas del río Baima, ya se la veía repuesta del grave percance de rodar por una pendiente de veinte metros y caer a un botadero de basura, para ser maltratada por los mismos dos bribones que le vendieron el televisor en Puerto Cunedo, cuando abrieron la caja esperando encontrar el aparato a color de cuarenta y cuatro pulgadas y hallaron a una muñeca de trapo que cobraba vida, los insultaba y les arañaba la cara poco antes de llegar un ángel moreno, ahuyentar a los rufianes y calmarla con caricias de terciopelo, ¡estaba tan asustada!, daba señales de haber sufrido un profundo revés emocional y necesitar de mimos y cuidados, entonces el ángel voló con el cuerpecito entre los brazos y lo llevó a Puente Mirador, en eso pensaba Cuca, cuando levantó la vista y descubrió a lo lejos a su salvador cantando boleros con una voz cadente

que la transportaba a otras regiones del espíritu donde la finura corporal desmentía la realidad temporal, se cruzaron las miradas y la cara del ángel floreció en una sonrisa franca que resaltó la fortaleza del cuerpo por encima de la edad anunciada en la barba blanquecina, bajo el chaleco de dril se adivinaban las alas plegadas y en lo alto de la coronilla refulgía el aro encargado de proclamar la estirpe del personaje, se escuchó la voz entonada: *No me culpes, porque así me siento, es mi alma solamente para ti*, acto seguido se acercó y depositó un beso en labios de Cuca a la vez de animarla: tu cuerpo se ha fortalecido y por fin logras el equilibrio, ahora sí entenderás la verdadera naturaleza de las cosas y podrás afrontar las determinaciones, ya viene el sosiego y de su mano llegará la seguridad en el proceder, la certeza en la determinación, Cuca le reveló que esa tarde fue la primera en dormir sin pesadillas, ¡se había desdoblado del todo y gozaba la libertad de la libélula solitaria!, de sus haberes de viuda tan sólo deseaba recuperar el automóvil

que su yerno le tenía guardado en la casa de La Esquina del Embuchado, allá en Bramonte, iba siendo la hora de tomar decisiones, en su corazón se habían borrado los enconos con la cura milagrosa de hacerla reencontrar la verdad en la región pura del aire en que el ángel habitaba: ¡vuelas muy alto!, susurró la bella despierta, no obstante él opinaba que el ají de la cuestión estaba en la impaciencia, aun guardaba excitabilidad desmesurada, debía perseverar en la meta de sobreponerse a los impulsos, en tales consideraciones pasaban los días y Cuca se preparaba, su ángel providencial precisaba las lecciones de experiencia: la indiferencia resume fracasos escondidos y equivoca con su disfraz de inapetencia, aflora de pronto en episodios de histeria que suspenden las funciones vitales buscando vengar amarguras ocultas, ¿acaso deseaba martirizarse ella misma?, su hija la desplazó como ama de casa, debía ponderar la fuerza del amor y buscar el momento adecuado para tomar la decisión de independizarse de los rencores y vivir su propia

vida, entonces el esfuerzo se convirtió en una meta y el momento llegó, el ángel moreno lo entendió, cortó flores del jardín y cubrió el lecho con un manto de claveles blancos y rosas de pitiminí encarnadas, anegó con agua alcanforada y aceites esenciales el baño donde recibir a la iniciada: jazmines con que aliviar la ansiedad, lavandas en busca de sortear el insomnio, sándalos a ver de apresurar la sangre y abrir el cuerpo al deseo, pronto sonaría en la estancia el canto de las flores, ¡el himno maravilloso que anima el alma del mundo!, allá en Bramonte dormían en silencio, no había perros ni alarmas, a la sazón el ángel entró por el tejado del cobertizo y halló el sedán del Yéison, lo sacó empujado, amanecía un día radiante, tomó la caja de cartón con el letrero *ULTRASLIM FIT TV - 44"* impreso en el costado y la dejó sobre el piso de la cochera, ¿adónde quieres ir?, preguntó Ángel Moreno una vez al volante, Cuca no vaciló: ¡a Puente Mirador!, a ver el agua pasar y acabar de ponderar la fuerza del amor.